



Espíritu de Asís 2023

Reflexión para comunidades y grupos

Como cuenta Jordán de Giano en su *Crónica*, Francisco tomó el saludo de paz no como algo ritual o externo, sino como una verdadera señal de identidad. Por eso fue un saludo discutido por los hermanos. Francisco se mantuvo proféticamente en la terquedad de que ese había de ser el saludo franciscano porque esa era la misión del menor en la sociedad. Por eso mismo, recuperar la misión pacificadora del franciscanismo es volver a los orígenes. Y volver a los orígenes es siempre avanzar.

Una espiritualidad es una perspectiva. No se trata tanto, en primera instancia, de urdir estrategias de pacificación (aunque a eso habrá que apuntar), cuanto de generar una mística, personal y comunitaria, de identificación con la espiritualidad de la paz. Más aún, se trata de ir enfocando la realidad desde ese ángulo. En ese caso, la espiritualidad de la paz no es un componente más de la espiritualidad franciscana, sino aquel desde el que voy enfocando mi vida personal, mis actuaciones, mi visión de la sociedad y mi colaboración al bien común. Es como una vocación. Por lo tanto habrá que sentirla, discernirla, corroborarla, cultivarla y, en definitiva, amarla.

Esta vocación no depende de la situación en que uno viva su vocación cristiana (laicos, religioso/a, soltero, casado, etc.). Es para todo/a franciscano/a. Y, por eso mismo, es una vocación de ecumenismo franciscano. Toda persona, cualquier que sea su situación, puede animarse a entrar en este anhelo de entender la realidad en clave de paz. Desde ese momento, de alguna manera, ya es franciscano/a, ya es de “los nuestros”, de aquellos que se sienten “dichosos” cuando construyen la paz, aunque esa construcción suponga “dolor y lágrimas”.

Además, el franciscanismo tiene la certeza (Francisco lo dice explícitamente) de que no hay posibilidad de una espiritualidad de la paz si el hermano/a franciscano no vive en sus raíces personales en clave de paz. Pretender hacer obra de paz sin estar pacificado por dentro es, literalmente, una imposibilidad. Por eso, toda la espiritualidad de la paz apunta, en primera instancia, al corazón de cada persona.

❖ **Francisco, el desarmado**

Al comienzo fue el Francisco armado para una larga guerra con Perusa, guerra perdida que le llevó a a prisión, pero que no fue suficiente para derrotar al militar que había en su corazón. Fue necesaria la “fuerza de la visión” en Espoleto para hacerle comprender que el verdadero camino pasaba por una paz desarmada.

Comenzó por lo más fácil: desprenderse de sus “exagerados arreos” militares (2Cel 6), alejarse de las sendas bélicas, renunciar a una gloria que pasa por la muerte del contrincante.

A partir de ahí su vida será una apuesta concreta por el camino de la paz. Pero será una apuesta activa. Intervendrá en diversos conflictos de las ciudades de su entorno: Asís, Gubbio, Perusa, Siena, etc. Su mediación se asienta sobre la certeza de que el único camino para solucionar diferencias ha de ser el diálogo, el respeto y la comprensión. Cuando, por ejemplo, hable de la violencia en la ciudad de Arezzo, tratará a los contendientes de “endemoniados” y la paz será similar a la expulsión de demonios, dice LP 108 i.

Por otra parte, su opción por un pacifismo vital se plasmó en el saludo de Paz, firmemente recogido en la Regla y que Francisco defendió proféticamente cuando los hermanos creían que esa actitud no era salvaguarda realista contra los ataques de quienes les confundían con gente sospechosa.

Además, Rb 3,12 manda que los frailes no cabalguen no solamente por pobreza, sino también porque Francisco sabe que sobre el caballo va el caballero con la espada en la mano. Y con la espada, la muerte. Él mismo lo ha experimentado y eso le trae amargos recuerdos.

Todo ello está indicando su visión de un modo de vida anclado en la paz. Es proverbial y cosa conocida por todo franciscano el gesto profético que acompañó su participación en las Cruzadas cuando la toma de Damietta en febrero de 1219. Dice san Buenaventura (LM 11,3) que el consejo de Francisco a las tropas cristianas para que abandonasen el camino que les iba a llevar a la ruina no fue escuchado. El desastre fue total “de modo que el número de muertos y cautivos ascendió a seis mil”. Se despreció la “sabiduría del pobre” y el resultado fue la ruina.

De estos sucintos datos se desprende que la reacción de Francisco ante la violencia del sistema, y en la que él mismo ha llegado a participar, es la que hoy denominaríamos como *no violencia activa y desarmada*. La opción de Francisco, en efecto, no puede diluirse en un pacifismo interior que no se concreta en nada.

❖ La paz armada

Ante una agresión, ante el avasallamiento, ante la amenaza de guerra nuclear, etc., la respuesta que construimos es la paz armada: lograr la paz mediante el combate al agresor. La actual guerra de Ucrania es un ejemplo elocuente: la agresión de Rusia se contrarresta armando a Ucrania con todas sus enormes consecuencias, económicas, sociales y humanas. No ve la sociedad moderna que haya otro camino real abierto. Más aún, si surge alguna pequeña iniciativa para explorar el camino de la paz, se la considera inviable nada más nacer (la voz de Lula o de la misma China).

Comprobada mil veces la ineficacia de las armas para generar humanidad, se recurre a ellas como único camino. Al fracaso de la guerra se suma el de la desconfianza de los procesos de paz y el de la ciega certeza en que las armas solucionen algo. Más allá de la sofisticación de los métodos, seguimos en la misma época de la humanidad, desde las cavernas hasta hoy, que confía en las armas como solución a lo que no se ve solución.

Que haya quien sostenga que las guerras son un verdadero motor de la economía, cosa probable, no hace sino confirmar la magnitud del fracaso en términos de inhumanidad. No sabemos cuándo la humanidad, la persona concreta, se apartará de esa dramática certeza y buscará por otros caminos.

❖ La paz desarmada

Es algo que, hoy por hoy, pertenece al ámbito de las utopías. Más aún, la sociedad mira con desdén un planteamiento así. A pesar de que la paz armada ha traído escasos resultados, se cree que la paz desarmada es el caldo gordo que busca el agresor. Incluso se piensa que es una actitud de debilidad, de apocamiento, de cobardía.

Desarmar la paz es un trabajo doble: primeramente es preciso el milagro de sentar a la mesa común a los contendientes haciéndoles ver que se las ha llamado no para dirimir un duelo, sino para hacer un camino en la difícil dirección del entendimiento. Se trata del espinoso trabajo de la elaboración de conflictos donde habrá que cambiar las bases éticas de relación y tratar de imaginar escenarios comunes de actuación por ínfimos que sean.

En este proceso de “desarme” tiene un papel importante la mediación, si es admitida. Las espiritualidades, la cristiana en nuestro caso, pueden ser herramientas útiles de mediación. Se trataría no tanto de condenar la guerra, sino de buscar posibles caminos de entendimiento. Este trabajo no podrá hacerse si la espiritualidad, si los cristianos, no somos, en primera instancia, personas de paz. Sigue plenamente vigente aquel principio de pacificación del que habla TC 58: “Que la paz que anunciáis de palabra, la tengáis en mayor medida en vuestros corazones”.

❖ El Espíritu de Asís en tiempo de paz armada

El *Espíritu de Asís* se celebra este año cuando siguen abiertos en el mundo más de 50 conflictos armados, guerras olvidadas, y en plena guerra de Ucrania a las puertas de nuestra casa. Hablar de paz desarmada en este contexto no es una provocación ni una broma. Es querer mantener vivo el anhelo, lejano, de una paz distinta.

Esto demanda de los grupos franciscanos trabajar por un discernimiento que abra horizontes nuevos. ¿Qué pretende Rusia? ¿Qué papel está jugando la OTAN? ¿Ha escogido Europa el camino adecuado? ¿Cómo elaboramos todo esto los franciscanos? ¿No merecería todo esto una reflexión fraterna ordenada y ahondada?

La oración por la paz podría encontrar en las comunidades franciscanas su lugar. Se trataría de continuar un itinerario continuado de oración por la paz. Podría ser una actividad evangelizadora que aglutine el indudable deseo de la paz que anida en el corazón de muchos creyentes y ciudadanos de bien. Podría materializarse en un encuentro mensual de oración trabajado y cultivado en su preparación, invitación personalizada y realización. Podría ser encomendado a algún grupo de jóvenes. Que en nuestras presencias hubiera una especie de “Taizé por la paz” sería buenísimo.

Se completarían estos caminos si hubiera algún tipo de conexión ciudadana en relación con la guerra de Ucrania. Posiblemente haya momentos a lo largo del año en que algún colectivo social propone una reflexión sobre este tema candente. Estar en esos escenarios ciudadanos es también una manera de colaborar a la paz y de celebrar la paz. De tales conexiones pueden surgir iniciativas.

❖ Oración para una paz desarmada

Oramos con la misma plegaria del Papa Francisco ante el memorial de Hiroshima:

“Dios de misericordia y Señor de la historia, a ti elevamos nuestros ojos desde este lugar, encrucijada de muerte y vida, de derrota y renacimiento, de sufrimiento y piedad. Aquí, de tantos hombres y mujeres, de sus sueños y esperanzas, en medio de un resplandor de relámpago y fuego, no ha quedado más que sombra y silencio. En apenas un instante, todo fue devorado por un agujero negro de destrucción y muerte. Desde ese abismo de silencio, todavía hoy se sigue escuchando fuerte el grito de los que ya no están. Venían de diferentes lugares, tenían nombres distintos, algunos de ellos hablaban lenguas diversas. Todos quedaron unidos por un mismo destino, en una hora tremenda que marcó para siempre, no sólo la historia de este país sino el rostro de la humanidad. Hago memoria aquí de todas las víctimas, me inclino ante la fuerza y la dignidad de aquellos que, habiendo sobrevivido a esos primeros momentos, han soportado en sus cuerpos durante muchos años los sufrimientos más agudos y, en sus mentes, los gérmenes de la muerte que seguían consumiendo su energía vital.

He sentido el deber de venir a este lugar como peregrino de paz, para permanecer en oración, recordando a las víctimas inocentes de tanta violencia y llevando también en el corazón las súplicas

y anhelos de los hombres y mujeres de nuestro tiempo, especialmente de los jóvenes, que desean la paz, trabajan por la paz, se sacrifican por la paz. He venido a este lugar lleno de memoria y de futuro trayendo el grito de los pobres, que son siempre las víctimas más indefensas del odio y de los conflictos.

Quisiera humildemente ser la voz de aquellos cuya voz no es escuchada, y que miran con inquietud y angustia las crecientes tensiones que atraviesan nuestro tiempo, las inaceptables desigualdades e injusticias que amenazan la convivencia humana, la grave incapacidad de cuidar nuestra casa común, el recurso continuo y espasmódico de las armas, como si estas pudieran garantizar un futuro de paz.

Con convicción, deseo reiterar que el uso de la energía atómica con fines de guerra es hoy más que nunca un crimen, no sólo contra el hombre y su dignidad sino contra toda posibilidad de futuro en nuestra casa común. El uso de energía atómica con fines de guerra es inmoral, como asimismo es inmoral la posesión de las armas atómicas, como ya lo dije hace dos años. Seremos juzgados por esto. Las nuevas generaciones se levantarán como jueces de nuestra derrota si hemos hablado de la paz, pero no la hemos realizado con nuestras acciones entre los pueblos de la tierra. ¿Cómo podemos hablar de paz mientras construimos nuevas y formidables armas de guerra?”.

«Por mis hermanos y compañeros, voy a decir: La paz contigo» (Sal 122,8).

Para la reflexión personal y en grupo

1. ¿Qué sentimientos te produce la lectura de este texto?
2. ¿Te parece que refleja bien lo que plantea la espiritualidad franciscana? ¿Por qué?
3. El artículo propone algunas sugerencias de actuación ¿te parecen viables? ¿cómo las podríais concretar en vuestro ambiente? ¿propondrías alguna otra cosa para caminar en dirección a una paz desarmada?